

Mustique

Henry Zapata

LAS FORMAS DEL FUEGO

DRAMATURGIA




MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA





LAS FORMAS DEL FUEGO

Mustique

HENRY ZAPATA

Mustique

PREMIO DEL CONCURSO PARA AUTORES INÉDITOS
MENCION DRAMATURGIA, 2021



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2022

Mustique

© Henry Zapata

MONTAJE DE PORTADA

Carolina Marcano, Greicy Letelier

FOTOGRAFÍA

Arturo Moreno

EDICIÓN Y CORRECCIÓN

Héctor González

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN Y CONCEPTO GRÁFICO

David Arneaud

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2022

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N° DC2022001599

ISBN 978-980-01-2351-5

«El único verdadero viaje de descubrimiento
consiste no en buscar nuevos paisajes,
sino en mirar con nuevos ojos»

MARCEL PROUST

Para llevar al escenario esta pieza es importante saber, antes que nada, que *Mustique* es una isla.

Lo segundo que hay que saber es que los personajes de esta pieza son dos: Carolina y Robert. Carolina no es otra que Carolina Herrera, la Carolina Herrera. Robert es Robert Mapplethorpe, el fotógrafo que se volvió un mito.

Se conocieron en esa isla. Se hicieron amigos en esa isla.

En mil novecientos setenta y seis.

Personajes

ROBERT MAPPLETHORPE, treinta años.

CAROLINA HERRERA, treinta y siete años.

La acción tiene lugar en una playa, en *Mustique*. Es el año mil novecientos setenta y seis.

Acto único

En la oscuridad, se escucha el mar golpeando la arena. Aves tropicales cantan al unísono con el agua. Las luces se encienden gradualmente para revelar una playa, y en esa playa una mujer, Carolina, lee 'Orgullo y Prejuicio' de Jane Austen sentada bajo una sombrilla.

Entra Robert cargando dos toallas, dos bolsos, una cesta con comida, una botella de champaña, dos copas y una cámara Polaroid. Toma una de las toallas y la extiende en la arena. Coloca en el suelo todo lo demás.

CAROLINA: *(Percatándose de lo que él acaba de hacer)* No, no. Robert, por favor.

ROBERT: *(Desconcertado)* ¿Qué? ¿Qué hice?

CAROLINA: Los bolsos no deben estar en el suelo.

ROBERT: No es suelo, es arena.

CAROLINA: Es suelo, y es arena.

ROBERT: No comprendo.

CAROLINA: Por favor... Levántalos, por favor.

Robert levanta todo, pone la otra toalla en la arena, coloca todo encima de la toalla.

ROBERT: ¿Así? ¿Está bien?

Carolina no responde, continúa leyendo. Robert se dispone a arreglar las cosas que ha traído.

ROBERT: (*Frustrado*) No comprendo.

CAROLINA: (*Sin dejar de leer*) Es una costumbre.

ROBERT: Peor. Una costumbre que no comprendo.
Carolina sacude la cabeza y suspira. Continúa leyendo.

ROBERT: ¿Podrías explicarme?

CAROLINA: (*Deja de leer*) ¿Perdón?

ROBERT: Sí, por favor.

CAROLINA: (*Cierra el libro. Respira profundo*) No es conveniente colocar los bolsos en el suelo porque se va el dinero.

ROBERT: (*Desconcertado*) ¿Se va? ¿Desde cuándo el dinero tiene pies o la capacidad de marcharse?

CAROLINA: Es así Robert. He visto cómo se ha marchado de la vida de mucha gente. Por eso, lo mejor es prevenir.

ROBERT: Y no colocar los bolsos en el suelo.

CAROLINA: Precisamente.

ROBERT: No me preocupan ese tipo de cosas.

CAROLINA: Usualmente es la gente que nunca ha tenido dinero la que no teme perderlo.

ROBERT: ¿Y la comida? ¿Puede ponerse en el piso o también se marcha?

CAROLINA: ¿Te estás burlando?

ROBERT: Jamás lo haría. Solo quiero saber si hay unos estatutos que digan qué debe y qué no debe colocarse en el piso.

Carolina vuelve a abrir el libro y continúa leyendo.

ROBERT: Porque sería una verdadera pena que se vaya todo lo que está en la cesta.

CAROLINA: *(Sin quitar la vista del libro)* Sin duda.

ROBERT: Las galletas, el pan, las uvas.

CAROLINA: Claro.

ROBERT: El queso, la mermelada y la champaña.

CAROLINA: *(Lo observa)* Lo siento, pero no bebo champaña.

ROBERT: ¿Otra costumbre?

CAROLINA: *(Retorna a la lectura)* Es traicionera.

ROBERT: *(Desconcertado)* El dinero se va. La champaña traiciona.

CAROLINA: *(Sin dejar de leer)* Viene de China.

ROBERT: ¿La champaña?

CAROLINA: La costumbre de no colocar los bolsos en el suelo. El suelo se asocia con lo humilde. El dinero es lo opuesto a la humildad. Al colocar dinero en el suelo, básicamente, le estás faltando el respeto. Lo desprecias. Si lo desprecias, se va.

ROBERT: Desconocía que algo como el dinero pudiese ser despreciado.

CAROLINA: Todo en la vida puede ser despreciado. El amor, la amistad, y por qué no, el dinero también.

Carolina retorna a la lectura. Robert observa el mar y se pierde un instante en él, luego regresa.

ROBERT: ¿Es eso lo que lees? ¿Costumbres chinas?

CAROLINA: Jane Austen. Orgullo y prejuicio.

ROBERT: *(Repara en lo que Carolina acaba de decir. Se ríe)*
Curioso.

CAROLINA: Es una gran novela.

ROBERT: Sin duda. Sobre un hombre orgulloso y una mujer prejuiciosa.

CAROLINA: Me habría gustado ser escritora.

ROBERT: Si te lo propusieras, podrías serlo.

CAROLINA: No. Creo que estoy destinada a ser algo más.

Carolina deja de leer por un instante. Observa a Robert. Cierra el libro.

CAROLINA: ¿No trajiste algo para leer? ¿Algún pasatiempo?

ROBERT: Prefiero contemplar el mar. Aunque, tomar algunas fotos me parece mejor idea.

Robert saca su cámara y toma una fotografía del mar.

CAROLINA: *(Refiriéndose a la cámara)* Me sorprende que te hayan dejado abordar la avioneta que nos trajo con eso. Aquí puede considerarse, prácticamente, un artículo de contrabando.

ROBERT: ¿Tiene algo de malo?

CAROLINA: Colin ha desterrado cualquier vestigio de fotógrafos y paparazzis, profesionales o aficionados.

ROBERT: ¿Colin?

- CAROLINA: El dueño de esta isla.
Robert reflexiona un momento sobre lo que Carolina acaba de decir.
- ROBERT: Me parece una atrocidad que las cosas hermosas tengan dueño.
- CAROLINA: Asuntos de estirpe. Si lo piensas bien, hasta el Paraíso tiene un propietario.
Carolina retoma su libro.
- ROBERT: Sam tuvo que enviarle una foto mía. ¿Qué te parece?
- CAROLINA: ¿Sam?
- ROBERT: Mi amigo, mi amante.
- CAROLINA: Solo conozco dos Sam en Nueva York. Uno colecciona arte, el otro no.
- ROBERT: El primero.
- CAROLINA: Por supuesto. Me parece sensato que Colin solicite una foto a todo aquel que visite su isla.
- ROBERT: Sam dice que aborrece a la gente fea.
- CAROLINA: *(Deja de leer)* Considero que, entre los muchos defectos que puede tener Colin, no está el ser prosaico. Él pide fotos a quienes visitan su isla porque quiere saber quiénes la visitan. Aunque, tal vez, sea más que eso. Ver la mirada de esa persona, reconocer sus rasgos, saber sus intenciones. Una fotografía puede revelar el interior de alguien sin que este lo sepa. A fin de cuentas, es saber, y no hay nada de malo en saber.

ROBERT: Si el dueño de esta isla es un amante de la belleza en todas sus formas, me parece excelente. Soy la persona menos indicada para juzgarlo.
Robert levanta la cámara y se dispone a tomarle una foto a Carolina, ella se horroriza y se cubre con el libro.

CAROLINA: ¿Qué haces?

ROBERT: ¿Puedo tomarte una foto?

CAROLINA: Podrías pedirme permiso, ¿no?

ROBERT: ¿Me das permiso?

CAROLINA: No es el momento ni el lugar.

ROBERT: ¿Otra costumbre?

CAROLINA: Creo que las fotos violentan la privacidad. Soy una defensora acérrima de mi vida privada. Todos los que venimos a esta isla lo hacemos, precisamente, para evitar miradas indiscretas, señalamientos, para ser libres.

ROBERT: (*Se ríe*) Entonces, si lo pienso bien, me gano la vida violentando privacidades.

CAROLINA: No es que las deteste completamente. Hace unas semanas Andy me tomó varias en Nueva York.

ROBERT: ¿Warhol?

CAROLINA: ¿Lo conoces?

ROBERT: (*Ligeramente indignado*) Él te toma, de seguro, cientos de instantáneas para uno de esos cuadros suyos. Repetidos, en serie y sin gracia. De

colores estridentes y ácidos, para que las personas lo adulen, lo alaben y se regodeen con su «arte». Y tú, bien sea por costumbre o defensa, no permites que yo te tome una miserable foto. Me ofende.

CAROLINA: Solo puedo decirte que fue un trueque. Un trueque a futuro.

Robert, molesto, no mira a Carolina. Ella empieza a explicar lo sucedido.

CAROLINA: Hace ya algún tiempo coincidimos en Studio 54. Apenas nos presentaron le encantó mi vestido. Sin embargo, él quedó maravillado con el bolso de mano que me regaló mi esposo y llevaba esa noche. Me pidió, mejor dicho, me suplicó que se lo regalara. Todo el mundo sabe que jamás, bajo ninguna circunstancia, se debe dar el regalo de otra persona. Es como si dieras la buena fortuna a alguien más. Le dije que, si tanto quería el bolso, me lo cambiara por una de sus pinturas. A él le pareció maravillosa la idea.

ROBERT: Por supuesto. Y el hecho de que él sea famoso y todo lo que hace se lo arrebaten de las manos no tiene nada que ver.

CAROLINA: No lo niego, tal vez.

ROBERT: No soy famoso. Entiendo.

CAROLINA: Robert, por favor.

ROBERT: Tampoco tengo nada costoso que ofrecerte a cambio. Me parece que el objeto de más valor que poseo es el apartamento que Sam me regaló. Hagamos eso, si quieres te cambio el apartamento por una foto.

CAROLINA: Bob, querido.

Robert se queda frío al escuchar ese apodo. Lo detesta. Carolina lo nota de inmediato.

ROBERT: No vuelvas a llamarme de esa manera, por favor. No tengo cara de Bob, tengo cara de Robert.

Carolina observa a Robert en silencio.

ROBERT: No te preocupes, lo entiendo. Dentro de unos años las pinturas de Andy valdrán mucho dinero. Sin mencionar lo que costarán cuando decida marcharse de este mundo. Una mujer inteligente como tú aprovecharía esa oportunidad, sin darle vueltas al asunto.

Carolina continúa observando a Robert. No sabe qué decirle.

ROBERT: *(Pasando por alto la situación. Sonríe. Revisa la cesta)* ¿Qué te apetece de lo que he traído? ¿Pan, galletas saladas, uvas, manzanas, queso? Me ha quedado claro que la champaña es un no rotundo. No te preocupes.

Carolina continúa en silencio.

ROBERT: Si te quedas en silencio durante el resto del día, este encuentro se va a tornar sumamente incómodo.

CAROLINA: No le propuse a Andy que me retratara por lo que puede llegar a costar una de sus piezas. No me tomes por una mujer vacía y materialista.

ROBERT: (*Revisando en interior de la cesta*) No tiene importancia.

CAROLINA: Le hice esa propuesta porque quiero recordar que alguna vez fui así, me vi así. Me gustó la idea de saber que alguien podría no solo verme, apreciarme, plasmarme. Ir más allá.

ROBERT: Si me lo preguntas, por eso prefiero fotografiar. Ya nadie tiene tiempo para pintar, y menos para esperar un retrato. No niego que la pintura es un arte superior, lo admito, pero mucha gente se esmera en tratar a la fotografía como algo inferior, una bastarda entre las artes.

CAROLINA: (*Ríe un poco*) Jamás pensé que odiaras a Andy.

ROBERT: No lo odio. Al contrario, lo respeto y admiro. Él es quien me considera un salvaje.

CAROLINA: ¿Un salvaje? Vaya.

ROBERT: Nos conocimos hace un tiempo. Varios años, tal vez. Terminaba los estudios y luchaba económicamente para quedarme en Nueva York. Porque, si haces algo medianamente relevante, es el lugar donde hay que estar. Le gustaron mis fotos, dijo que tienen, y lo cito, «cierta sensibilidad latente». Latente, como si la fotografía fuese algo que latiera. Me ofreció formar parte

de su estudio, su séquito. Él lo llama «La Fábrica». Creo que ahora está en Union Square. Tuve que rechazar su oferta inmediatamente. Lo último que quiero es ser absorbido por su fuerza gravitatoria, sin moverme a ningún sitio, quedar bajo su sombra.

CAROLINA: ¿Y cómo te ha ido no siendo la sombra de alguien?

Robert cae en cuenta de lo que Carolina acaba de decir. Se le dificulta continuar.

ROBERT: Lo que sigue después de mal.

CAROLINA: Fracaso. Un lugar común.

ROBERT: ¿Te parece? Con solo verte, es suficiente para saber que lo has esquivado magistralmente.

CAROLINA: Lamento decepcionarte, querido Robert.

ROBERT: No te percibo como alguien que vaya por la vida fracasando.

CAROLINA: Incluso para fracasar, existen muchos matices.

ROBERT: Perdóname, pero me cuesta creerlo.

CAROLINA: ¿Crees que miento?

ROBERT: No, no es eso. Es solo que, como alguien que ha visto la derrota cara a cara, no creí que supieras lo que es eso.

CAROLINA: (*Sonríe*) Tener dinero no garantiza el éxito, mucho menos evita fallar en algo.

En ese instante, un trueno retumba en toda la isla. Robert se incorpora, entre asustado y emocionado.

- ROBERT: (*Ligeramente incómodo*) ¿Una tormenta? Pronto llegará. Deberíamos irnos.
- CAROLINA: (*Sin inmutarse*) Por favor. Truenos, relámpagos, lluvia y viento. Las tormentas son deliciosas. ¿Nunca has experimentado una?
- ROBERT: (*Nervioso*) No. Menos en una isla.
- CAROLINA: Son tan placenteras.
- ROBERT: Mi instinto de preservación me indica que deberíamos resguardarnos.
- CAROLINA: Es ese remanente del hombre de las cavernas diciéndote: «Trueno, sonido malo, buscar refugio». Nada que temer Robert. Además, si arrecia, tomamos todo, corremos como adolescentes y en menos de un minuto estamos bajo techo.
Con cierta resistencia, Robert decide volver a sentarse, mientras se escuchan truenos a lo lejos.
- CAROLINA: ¿Por qué Andy te considera un salvaje?
- ROBERT: ¿Perdón?
- CAROLINA: Dijiste que él piensa que eres un salvaje.
- ROBERT: Tal vez me expresé mal. No fue eso lo que quise decir. Me refería a que él piensa que soy demasiado salvaje para su gusto.
- CAROLINA: Bien. No solo cree que eres un neandertal. Más bien, piensa que eres demasiado neandertal, dentro de su escala de neandertalismo.
- ROBERT: ¿Existe esa escala?

CAROLINA: (*Divertida*) Quién sabe. Para Andy, tal vez. Además, he escuchado que Andy ha presenciado toda clase de actos, orgías, incluso. Resulta irónico que él, viendo todo lo que ve y haciendo todo lo que hace, te considere un salvaje.

ROBERT: En Nueva York existe un club llamado La Mina. No es porque realmente lo sea, es más bien algo alegórico, hay que bajar unos cien escalones para llegar. Cuando fuiste a Studio 54, ¿por qué fuiste?

CAROLINA: Para socializar, distraerme un rato, pasarla bien.

ROBERT: Quiénes van a La Mina también van a socializar, distraerse un rato, pasarla bien. Pero asisten porque quieren más que eso, van a satisfacer sus deseos, o satisfacer los deseos de otros, porque en eso encuentran placer.

CAROLINA: Si lo pones así, no es diferente de lo que he llegado a ver en Studio 54.

ROBERT: No lo dudo. La única diferencia es que La Mina es un club de sadomasoquismo.

Carolina no sabe qué decir, se sumerge en sus propios pensamientos por un instante.

ROBERT: ¿Sucedo algo?

CAROLINA: (*Ligeramente incómoda*) Nada en especial. Tengo la ligera impresión que es un buen momento para rezar.

Carolina se pone de rodillas y empieza a rezar.

CAROLINA: Pater noster, qui es in caelis. Sanctificetur nomen tuum...

Robert reconoce la oración y la continua.

ROBERT: Adveniat regnum tuum.

Al escuchar a Robert, Carolina se sorprende y deja que él prosiga.

ROBERT: Fiat voluntas tua, sicut in caelo, et in terra. Panem nostrum cotidianum da nobis hodie; et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris; et ne nos inducas in tentationem; sed libera nos a Malo.

CAROLINA: (*Sorprendida*) Amén.

Estupefacta ante lo que acaba de escuchar, Carolina no sabe qué decir.

ROBERT: (*Observando a Carolina*) Algunas costumbres son muy difíciles de olvidar. Fui monaguillo.

CAROLINA: Jamás te habría imaginado como alguien religioso.

ROBERT: No lo soy. Mi padre al darse cuenta que, tal vez, no iba a ser lo que él esperaba, convertirme en lo que él quería, decidió que lo más idóneo era que fuese a misa todos los domingos de mi niñez. No conforme con eso se le ocurrió que, si me convertía en monaguillo, probablemente mi contacto con los rituales litúrgicos minimizaría mi amaneramiento y despertaría el interés en las féminas. Lógica muy sensata e incuestionable.

CAROLINA: (*Riendo, como quien ya conoce la respuesta*) ¿Y qué sucedió?

ROBERT: Lo primero fue un milagro que sucedió en contra de mi voluntad. Ahora, lo segundo.

CAROLINA: Imagino la cara de tu padre si llegara a conocer a Sam.

ROBERT: Somos seis hermanos. Aunque, si le preguntas a mi padre, te dirá que solo tiene cinco hijos.

CAROLINA: Lo siento mucho.

ROBERT: Por favor. Supongo que es otra cosa en la que fracasé. Traicionar la fe que papá tenía en mí. Mi mayor triunfo ha sido decepcionarlo.

CAROLINA: Sin duda se horrorizaría al saber que asistes a un club como La Mina.

ROBERT: ¿Como tú hace un momento?

CAROLINA: Es normal reaccionar de cierta manera ante conductas o prácticas que nos resultan ajenas, extrañas.

ROBERT: Prejuicios, Carolina, prejuicios.

CAROLINA: Es un trabajo constante. Ser más abierta, juzgar menos. De una cosa sí estoy segura, mi vida sería sumamente aburrida si todos mis amigos fueran iguales.

ROBERT: No soy igual a nadie. Al menos, eso me han dicho.

CAROLINA: No tengo la menor duda de eso.

Por un instante, ambos se observan. Robert desvía la mirada hacia el mar.

ROBERT: ¿Alguna vez te has enamorado?

CAROLINA: Muchas veces. De hecho, estoy enamorada. No me habría casado si no fuese así. Aunque, el amor es algo muy curioso. Estuve enamorada de mi primer esposo, pero de un día a otro el amor se evaporó como el agua. Aunque, tal vez, ahora que lo que pienso el amor que sentí por él pasó a las dos hijas que tuve con él. Luego vino mi segundo esposo y me enamoré perdidamente. Pensaba que el amor era algo que ocurría una sola vez y ya. Él me demostró que estaba equivocaba. Cuando nació Carolina Adriana, pensé que ese amor volvería a esfumarse, pero no fue así, más bien se amplió, creció, se ensanchó para arroparnos a todos.

ROBERT: Yo no sabía lo que era amor, hasta que conocí a Patti.

CAROLINA: ¿Patti?

ROBERT: Patti Smith.

CAROLINA: He escuchado hablar de ella. Aunque Robert, si mal no recuerdo, Patti es mujer. No comprendo.

ROBERT: Nuestra sexualidad es algo hermoso. Va más allá del blanco y negro, puede recorrer distintos matices, recovecos, adoptar múltiples formas. Te puede gustar una cosa, nada, algo a medias o puede gustarte todo.

CAROLINA: Te entiendo. Entonces, eres omnívoro.

Robert sonríe. Observa a Carolina sin responderle.

CAROLINA: Creo que tu padre se llenaría de alegría al saber que parte de su plan surtió efecto. ¿Me cuentas sobre ella?

ROBERT: Nos conocimos en el sesenta y siete en Nueva York.

CAROLINA: Nueva York era un caos hermoso en esa época.

ROBERT: Revoluciones, marchas, gente iracunda, hippies por todas partes. La primera vez que la vi fue en una tienda de antigüedades. Entré a comprar un collar y me atendió. La muy descarada quería el collar para sí misma y me preguntó por qué no se lo regalaba.

Carolina no puede evitar imaginarse la escena y se ríe.

ROBERT: Me marché. No le presté demasiada atención. Situaciones así me ocurren todo el tiempo.

CAROLINA: Es normal, siendo tan apuesto.

ROBERT: Unos días después caminaba por una plaza y alguien se acercó de repente. Era ella. Me preguntó si podía hacerme pasar por su novio. Acepté, me tomó de la mano y me llevó a una especie de actor que se hacía pasar por un escritor.

CAROLINA: Me imagino la escena. Seguro quería invitarle una copa y subirla a su apartamento para abusar de ella.

ROBERT: Él pretendía llevarla a su apartamento, que su-
bieran por una copa. Ella no se fiaba de sus in-
tenciones.

CAROLINA: Lo sabía.

ROBERT: Nos marchamos corriendo de ahí. Nos detu-
vimos muchas cuadras después para recuperar
el aliento. Cuando cayó la noche, tuvimos que
admitir que ninguno de los dos teníamos un
techo donde pasar la noche.

*Carolina observa a Robert y coloca una mano en su
hombro, solo un instante, luego la retira.*

ROBERT: Ella se jactaba de que, algún día, sería la amante
de un artista. Para ella, yo era su Diego Rivera,
y ella se veía a sí misma como una especie de
Frida Kahlo.

CAROLINA: No te pareces a Diego Rivera, en lo absoluto.

ROBERT: Tú y Patti sí tienen algo en común.

CAROLINA: ¿Sí?

ROBERT: Las dos son supersticiosas y adoptan costum-
bres de otras tierras.

*Carolina observa el mar, piensa en lo que Robert
acaba de decir.*

CAROLINA: Entonces creo que, irremediablemente, nos
convertiríamos en buenas amigas.

ROBERT: Ella es más que mi amiga, es mi alma gemela.

CAROLINA: ¿En serio?

ROBERT: Siempre le digo que es mi familia.

CAROLINA: De esa familia que se escoge.

ROBERT: (*Mira a Carolina*) Tal cual.

CAROLINA: Esa que es unida por los hilos invisibles del destino.

Robert mira al cielo, recordando a Patti.

ROBERT: Cuando nos conocimos éramos casi dos indigentes que decidieron unir sus pobreza. Dormíamos en sitios prestados, o en cualquier espacio que nos ofreciera un alma caritativa. Nos arropábamos con nuestras gabardinas, unos abrigos que conseguimos por casi nada en tiendas de ropa de segunda mano.

CAROLINA: Escucho esa historia y, al verte, siento como si estuvieras hablando de otra persona, de alguien más.

ROBERT: Siempre le he dicho que es una niña mala que intenta desesperadamente ser buena. Ella me dice que soy un niño bueno que juega a ser malo.

CAROLINA: (*Curiosa*) ¿De verdad eres un niño bueno?

ROBERT: Conforme han pasado los años, he aceptado mi verdadera naturaleza. Además, en el fondo, todos somos ambas cosas.

CAROLINA: Parece una mujer muy sabia.

ROBERT: Lo es. Es una de las personas más sabias que conozco. Y la traicioné.

CAROLINA: Por favor Robert, no creo que sea tan grave.

- ROBERT: Vivíamos juntos. Pasamos por tanto juntos y, apenas conocí a Sam, me deslumbró lo que podía lograr gracias a él. Me ofreció un apartamento, una vida nueva. Lo acepté todo de inmediato y me olvidé de Patti.
- CAROLINA: Es normal Robert, un verdadero artista necesita un entorno seguro para crear. Además, mientras más dinero tienes, más creativo puedes ser.
- ROBERT: Cuando vivíamos juntos nuestros vecinos eran otros artistas, chamanes, mujeres que leían el tarot, gente que emprendía viajes en ácido y llegaba hasta Venus. Ahora mis vecinos son John Lennon y Yoko Ono.
- CAROLINA: ¿John y Yoko son tus vecinos?
- ROBERT: La abandoné.
- CAROLINA: No comprendo. ¿Patti está fuera de tu vida? ¿Perdieron contacto?
- ROBERT: No. De una u otra manera ella siempre ha estado en mi vida. Ahora que lo pienso, ella me entregó a Sam. Sabía que él podía ofrecerme cosas que ella jamás podría.
- CAROLINA: Dinero. Esencialmente dinero.
- ROBERT: Más que eso. Sam no me juzga. No intenta cambiarme. Ama mi obra. Sabe muy bien que una de las maneras de amarme es a través de mi obra.

CAROLINA: En el fondo, el trabajo del artista es una fervorosa demostración de amor. Además de demandar toda la atención posible.

ROBERT: Sam sabe muy bien que no es artista. Eso es lo que admira en mí. Yo admiro en él ese poder que proyecta, su seguridad, su fortaleza.

CAROLINA: Y su dinero.

ROBERT: Es posible. Él se desvive por complacerme. Al principio no quería acompañarme a La Mina. Supongo que, a fin de cuentas, lo hizo para complacerme.

Carolina observa el mar y se escucha un trueno en la distancia.

CAROLINA: ¿Eres asiduo a La Mina?

ROBERT: Antes iba por diversión y placer. Desde hace unos meses me he obsesionado con desarrollar un ensayo fotográfico. Quisiera crear una ventana, mostrar algo, acercar a la gente a un mundo que puede resultar extrañamente hermoso.

CAROLINA: ¿Puede haber belleza en un sitio así?

ROBERT: Por supuesto. En todos lados hay belleza, para quien sabe mirar.

Robert vuelve a sentarse al lado de Carolina. Saca de un bolsillo una especie de porta fotos para instantáneas. Robert le enseña una de las fotos a Carolina, en la foto Robert sostiene un látigo al final de su espalda.

- ROBERT: Mira.
- CAROLINA: *(Sorprendida)* Vaya. Eso es...
- ROBERT: Un látigo. Es una prueba para una de las fotos. Es una referencia a Satanás.
- CAROLINA: *(Con cierta ironía)* Qué ternura.
- ROBERT: Quise que el látigo se viera como una cola. Así se veía él en las imágenes que me mostraron en los estudios bíblicos, cuando fui monaguillo.
Carolina le quita la foto a Robert y la observa con detenimiento.
- ROBERT: Aunque mi madre soñaba con verme ordenado sacerdote.
- CAROLINA: Te parecerá extraño, pero no puedo dejar de verla.
Robert saca de otro de sus bolsillos una cajetilla de cigarros. Enciende uno y empieza a fumar.
- ROBERT: Lo sé. No estás adentro de ese mundo, pero mediante esa foto ves que ese mundo puede ser de esa manera. Una ventana a esa realidad sin estar ahí.
- CAROLINA: Sí. Jamás habría pensado que una foto podría ser capaz de hacerme sentir eso.
Robert le quita esa foto y le entrega otra. En esta aparece un hombre con una máscara de cuero negra, desnudo, amarrado en una cama como si estuviese crucificado.
- CAROLINA: *(Sorprendida)* Jesucristo.

ROBERT: Precisamente. Una interpretación de la crucifixión.

CAROLINA: La vulnerabilidad, fragilidad. Tan expuesto. Hay un poder inmenso en este tipo de entrega. Él debe tenerte mucha confianza.

ROBERT: Es Sam.

Carolina se sorprende. Observa la foto con detenimiento. Robert le quita la foto y le entrega otra. Es un hombre negro desnudo en un fondo blanco.

CAROLINA: Simplemente hermosa.

ROBERT: Es una prueba de color. Me gusta jugar con esos extremos. Él, negro, superpuesto a un fondo blanco. Pareciera que todo puede volverse un desastre, pero no, la composición es hermosa porque el sujeto lo es.

Robert le quita la foto y las guarda todas. Vuelve a meter el porta fotos en un bolsillo. Apaga el cigarrillo.

CAROLINA: (Con ansias de ver más) ¿Ya? ¿Eso fue todo?

ROBERT: No es conveniente mostrarte todos mis proyectos. Además, no quiero escandalizarte ni aburrirte.

CAROLINA: El umbral del asombro lo he dejado atrás hace mucho.

ROBERT: Es un buen indicio. Eso quiere decir que el público reaccionará bien ante ese material.

CAROLINA: ¿Piensas hacer una exposición?

ROBERT: Varias, de hecho. Tengo suficiente material para tres exposiciones seguidas.

Robert y Carolina hacen silencio. El sonido del mar se mezcla con los truenos de la tormenta.

CAROLINA: No sé por qué te ves a ti mismo como un fracasado si tienes tantos proyectos.

ROBERT: Creo que es un asunto de deseo. Lo he deseado más que otros, y me da la impresión que a otros les ha llegado el reconocimiento más fácil. Es como si la notoriedad encontrara diversión en esconderse de mí.

CAROLINA: Todo tiende a verse muy fácil desde fuera. A mí también me pasa. Muchas personas creen que no tengo anhelos, no quiero cosas, no tengo proyectos. Que voy flotando por la vida, de fiesta en fiesta, sin otro propósito más que sonreír y sostener un trago.

ROBERT: Al verte, cualquiera pensaría que ya tienes la vida hecha.

CAROLINA: Una vez más, lamento desilusionarte.

ROBERT: ¿Entonces? ¿Qué es eso que anhelas? ¿Qué es eso que quieres hacer?

CAROLINA: Quiero diseñar.

ROBERT: ¿Muebles?

CAROLINA: Ropa. Moda.

ROBERT: Entiendo. ¿Dibujas?

CAROLINA: No.

- ROBERT: ¿Cosos?
- CAROLINA: Para nada.
- ROBERT: Lo veo muy difícil. Aunque, soy el menos indicado para determinar lo que es posible o no. Mírame, soy fotógrafo y no sé revelar.
- CAROLINA: ¿En serio? ¿Cómo haces?
- ROBERT: Contrato a alguien que hace el trabajo por mí. Es una buena idea. No sabes coser, no sabes dibujar, puedes contratar a alguien para que haga esas cosas por ti.
- CAROLINA: No lo había pensado. He asomado la idea a varias personas y casi todas coinciden en lo mismo, dicen que no tengo lo necesario, que voy a aburrirme y dejarlo a los tres meses de haber empezado. Que es un capricho de niña rica.
- ROBERT: En todo proyecto lo más duro es arrancar. Ese impulso inicial es una de las cosas que más cuestan. Eso, y mantenerse a flote.
- CAROLINA: Pensaba que era mejor dedicarme a diseñar telas.
- ROBERT: ¿Telas? ¿Para qué quieres diseñar telas?
- CAROLINA: Es la materia prima.
- ROBERT: No te pongas límites, mucho menos antes de empezar. Telas, por favor. Eso debe ser sumamente aburrido.
- CAROLINA: (*Sonríe*) Es curioso, Reinaldo siempre me dice algo parecido.

ROBERT: ¿Reinaldo?

CAROLINA: Mi esposo. Mi segundo matrimonio.

ROBERT: Por supuesto.

CAROLINA: Un escándalo. En mi familia, los fracasos se esconden bajo la mesa y el hedor del cadáver se disimula por la eternidad. Divorciarse es algo impensable.

ROBERT: Eso es terrible.

CAROLINA: Es preferible ser infeliz por el resto de tu vida en lugar de afrontar que un matrimonio fracasó. Una tradición transmitida de generación en generación.

ROBERT: He conocido varios matrimonios así. Secos, cadavéricos, muertos.

CAROLINA: Imaginarás sus caras cuando les dije que tenía toda la certeza de que mi primer matrimonio no funcionaba. Ni en aquel entonces, ni nunca.

ROBERT: Entiendo perfectamente a lo que te refieres. En este momento, creo que tengo esa certeza de la que hablas.

CAROLINA: ¿A qué te refieres?

ROBERT: Creo que debo dejar a Sam.

Carolina y Robert observan el mar. Se escuchan truenos, esta vez con mayor intensidad.

CAROLINA: Es muy extraña. Esa sensación de que fallaste en algo que deseabas mucho.

ROBERT: Cuando nos conocimos no era nadie, no tenía nada. Sam puede jactarse de haberme hecho casi por completo y, sin embargo, no hay una sola ocasión en la que haya sentido que me lo ha sacado en cara.

CAROLINA: Resulta terrible cuando alguien, quien sea, te lanza tus inseguridades a la cara.

ROBERT: Hemos vivido momentos insuperables. Mucha intimidad. Pero la verdad, quiero más. El ambicioso y egoísta en mí quiere más de lo que Sam puede ofrecerme. Quiero más amor del que él puede darme.

CAROLINA: Es muy peligroso, Robert. Tanto amor, como el que quieres, puede acabar contigo.

ROBERT: Soy alguien que se define por sus excesos. Para mí, el amor es eso, exceso. Si no hay exceso, no es amor.

CAROLINA: ¿Es mayor que tú?

ROBERT: Algunos años. Veinticinco, para ser exactos. Todo un escándalo cuando nos ven juntos. La gente asume que me estoy aprovechando de él. Nunca le he pedido nada, él siente la obligación de ofrecerme cosas. Es como si quisiera tender una red de seguridad a mis pies, para que pueda valerme por mí mismo. El estudio, la cámara con la que trabajo, la ropa, los viajes.

CAROLINA: (*Señalando la cámara Polaroid*) ¿Esta cámara?

ROBERT: No. Esta me la regaló un amigo. La uso por su valor sentimental.

CAROLINA: ¿Quieres dejar a Sam porque te ha dado todo? Me parece una tontería.

ROBERT: Quiero dejar a Sam porque quiero recordar cómo es la vida sin él. Que puedo vivir una vida sin él.

CAROLINA: Dejé a mi primer esposo porque la vida con él se me hacía insoportable así que, en cierta forma, te entiendo. ¿Y qué piensas hacer cuando lo dejes?

ROBERT: Volcarme hacia el trabajo. El sexo es lo que menos me preocupa. Hay tanta oferta allá afuera que solo basta salir para conseguirlo. Mi preocupación en este momento es llegar a donde quiero llegar.

Ambos se observan por un instante. Carolina se levanta de la silla, observa el mar y las nubes de tormenta.

CAROLINA: Este mar me recuerda a casa.

ROBERT: ¿Creciste cerca del mar?

CAROLINA: No. Pero el mar nos quedaba cerca, así que iba con frecuencia. De hecho, este es el mismo mar, el mar Caribe, y hacia allá (*levanta la mano y señala*) está mi país, Venezuela.

ROBERT: ¿Venezuela? ¿Dónde queda ese país?

CAROLINA: Sudamérica. Ahí nací y crecí. Muchas de mis primeras veces ocurrieron ahí. Mi primer

matrimonio, el segundo. Tres de mis hijas nacieron ahí.

ROBERT: ¿Hijas? No te ves como alguien que tiene hijas.

CAROLINA: (*Voltea a observarlo*) ¿Cuándo vas a aprender a no asumir cosas basadas en cómo luzco?

ROBERT: Lo siento. Es que, eres hermosa, eso es todo.

CAROLINA: ¿Las personas hermosas no tienen hijos?

ROBERT: No los suficientes.

CAROLINA: Robert...

ROBERT: Perdón, perdón.

Robert observa a Carolina parada frente a él por un instante, luego fija la mirada en el mar. Empiezan a caer algunas gotas de lluvia. Carolina las siente. Se alegra inmediatamente.

CAROLINA: (*Levanta el rostro hacia el cielo*) Amo la lluvia.

ROBERT: (*Se rueda un poco más hacia la sombrilla*) Creo que habría disfrutado crecer en un sitio como ese, en el que creciste tú.

CAROLINA: No sé si te habría gustado crecer en Venezuela.

ROBERT: No puede ser peor que donde crecí. Iglesia todos los domingos. Una golpiza, casi a diario, de lunes a viernes por mis «compañeros» de clase. Y el infaltable (levanta el dedo y señala hacia un punto en el frente) «¡Allá va el marical!». Todo eso hasta que tuve la edad suficiente para largarme de casa.

CAROLINA: ¿Te marchaste a Nueva York?

ROBERT: En mi mente no había otro sitio al que pudiese ir.

CAROLINA: Yo también supe que, si quería ser lo que quería ser, hacer lo que debía hacer, tenía que irme de mi país. No en vano le llaman desarraigo. No es cosa sencilla sacar nuestras raíces y ponernos en otro sitio. Como las plantas, corremos el riesgo de morir.

ROBERT: (*Ríe, con algo de ironía*) Tal vez.

CAROLINA: ¿Lo extrañas?

ROBERT: ¿A quién?

CAROLINA: A tu padre.

ROBERT: No existe un día en que deje de hacerlo.

Robert observa el mar por un instante con cierta melancolía. Luego, repara en Carolina parada frente a él. Toma la cámara y se dispone a tomarle una foto.

CAROLINA: No te atrevas.

ROBERT: Me estás torturando, lo sé. Disfrutas negándome eso que tú sabes que quiero.

Carolina regresa a la silla, bajo la sombrilla. Robert coloca la cámara en la cesta.

CAROLINA: Ayer tomaste varias fotos. En la noche, mientras todos bailábamos.

ROBERT: (*Frustrado*) No es lo mismo.

CAROLINA: Es muy cierto que eres fotógrafo. No me cabe la menor duda. También que eres un artista, cosa que salta a la vista. Pero una foto no deja de ser una foto.

ROBERT: No quiero «solo una foto». Quiero un retrato. Retratarte. Eso es lo que me interesa, lo que quiero.

CAROLINA: No comprendo por qué te interesa tanto.

ROBERT: Tú misma lo dijiste, no solo te veo, te aprecio. Tengo la capacidad de apreciarte a ti en este instante.

CAROLINA: Me da la impresión de que te carcome el que Andy me haya retratado. Tal vez quieres hacerlo, más que por «apreciarme», para no quedar detrás de él. Para no seguir bajo su sombra.

Robert no puede creer lo que Carolina acaba de decir. Ofendido, empieza a recoger todo para marcharse.

ROBERT: Creo que es mejor que me vaya.

CAROLINA: ¡No!

Carolina se levanta se la silla y se lanza a abrazar a Robert. Sorprendido, él suelta lo que pensaba llevarse.

ROBERT: (*Impactado*) Está bien. Puedes soltarme. No me voy.

Carolina es consciente de lo que acaba de hacer. Apenada, regresa a sentarse. Toma de nuevo el libro, lo abre y pretende leer.

ROBERT: (*Ligeramente incómodo*) ¿Quieres una galleta?

CAROLINA: (*Apenada*) Sí.

Robert le da una galleta salada a Carolina. Ella la come poco a poco, él también toma una y empieza a

comerla. El sonido producido por masticar las galletas se mezcla con el del mar y los truenos.

ROBERT: ¿Quieres jugar a algo?

CAROLINA: ¿Jugar?

ROBERT: Una inocente simulación.

CAROLINA: Nada que venga de ti puede ser inocente, querido.

ROBERT: *(Sonriente)* Lamento desilusionarte.

Robert saca de un bolsillo un trozo de cuerda y un antifaz para dormir.

CAROLINA: *(Sorprendida)* ¿Qué piensas hacer?

ROBERT: Te lo he dicho, un juego.

CAROLINA: ¿Un juego que implica amarrarme y vendarme? No, Robert. Lo siento.

ROBERT: Un juego que tiene que ver con visualizar y confiar.

CAROLINA: Es muy extraño. ¿Por qué llevas contigo una cuerda y un antifaz de dormir?

ROBERT: No creo que quieras saberlo.

CAROLINA: Es más conveniente que continuemos disfrutando de esto, la vista, la tormenta que se avecina.

ROBERT: *(Observándola fijamente)* ¿Confías en mí?

CAROLINA: No te conozco lo suficiente para hacerlo.

ROBERT: La confianza no tiene que ver con conocer, más bien es algo que se inspira, lo sientes aquí *(lo señala)* en el pecho. Muchos creen que viene del

corazón, pero se equivocan. Lo cierto, es que se tiene o no se tiene.

CAROLINA: Y cuando se tiene de manera descuidada es fácil traicionarla.

ROBERT: Este no es el caso.

Carolina observa a Robert, lo mira a los ojos, como si intentara buscar una respuesta que ella ya conoce.

ROBERT: (*Extendiéndole la mano*) ¿Confías en mí?

CAROLINA: Sí.

Carolina se pone de pie. Robert se acerca a ella, le ata las manos al frente, con un nudo que ella podría soltar. Luego, le coloca el antifaz. Robert toma el libro para resguardarse de la lluvia, se aleja de Carolina con el libro sobre su cabeza.

ROBERT: No hables. Esto es una experiencia sensorial. Solo quiero que oigas mi voz y, conforme escuches, imagines todo lo que te diga.

Carolina asiente.

ROBERT: Todo está oscuro. Absolutamente oscuro. Lo más negro que hayas visto alguna vez. Logras ver una pequeña luz, a los lejos, se ensancha un poco, un poco más, cada vez más, hasta que todo es brillante. Casi no puedes soportarlo. Te ciega por un instante. La intensidad se calma. Abres los ojos. ¿Qué ves?

CAROLINA: Mucha gente corriendo de un lado a otro. Parecen preocupados, estresados. Tropicizan unos con otros.

ROBERT: Continúa.

CAROLINA: Una mujer se acerca a mí. Es hermosa. Lleva un vestido deslumbrante. La observo. Se voltea. Veo su espalda y ella se va. Llega otra, y otra, y otra. Estoy muy nerviosa. No, es algo más. Nunca había sentido esto antes. Esas mujeres salen y entran, salen y entran. Algunas se cambian y vuelven a salir.

ROBERT: ¿Tú qué haces?

CAROLINA: Observo. Quiero tocar todo, pero sé que no debo. Hay algo que me lo impide. Sé que no todo es perfecto, pero lo imperfecto es hermoso, así como está. No sé si sea suficiente. Escucho aplausos. Muchos aplausos. Todos aquí también aplauden. Me piden que salga, no quiero salir, no sé qué hay afuera. Siento que una fuerza me hala hacia afuera. Hay mucha luz.

ROBERT: Está bien. Puedes hacerlo. Sal.

CAROLINA: Hay mucha gente. ¿A quién aplauden? ¿A mí? ¿Por qué lo hacen? No, no, no. Un momento. Andy también aplaude. Bianca aplaude. Diana, mi esposo. Todos aplauden.

ROBERT: Un trabajo bien hecho.

CAROLINA: Tú también aplaudes, y lloras.

Carolina se quita el antifaz y se retira la soga de las manos. Está algo emocionada e impactada por todo lo que acaba de ver.

CAROLINA: ¿Qué fue todo eso Robert?

ROBERT: Creo que acabas de ver tu primer desfile.

Carolina se sienta un momento para intentar calmarse de la emoción.

CAROLINA: (*Incrédula*) ¿Así se siente?

ROBERT: Tal vez. Tienes que intentarlo para saber si es cierto. Si la vivencia supera esta experiencia.

CAROLINA: (*Emotiva*) Gracias, Robert.

ROBERT: Aunque, permíteme decirte una cosa, los aplausos no siempre significan éxito. Son, más bien, un compromiso.

CAROLINA: ¿Hiciste esto alguna vez con Sam? ¿En La Mina?

ROBERT: No de esta manera. Mi experiencia fue muy diferente.

CAROLINA: Por un instante tuve miedo, pensé que ibas a crucificarme.

ROBERT: No traicionaría tu confianza. Esa es la base de todo esto, la más pura y simple confianza.

CAROLINA: ¿Alguna vez hiciste esto? ¿Imaginaste algo parecido?

ROBERT: No. Nadie ha experimentado a ese grado conmigo. No creo que nadie pueda llevarme a lo que me gustaría ver.

CAROLINA: Entonces, ¿no has imaginado cómo sería tu primera exposición?

ROBERT: Ya viví mi primera exposición.

CAROLINA: (*Con ilusión*) Cuéntame cómo fue.

ROBERT: Intentamos agendar la galería Stanley Amos del hotel Chelsea, donde viví con Patti. Estuvimos buscando un lugar durante meses. Todas las galerías me rechazaron porque empecé a labrarme una reputación como «el pornógrafo que fotografía».

CAROLINA: (*Se ríe*) ¡Oh, Dios!

ROBERT: Eso me tenía sin cuidado. Estaba muy emocionado. Se acercaba la fecha de la exposición, el cuatro de noviembre, el día de mi cumpleaños y el de Sam.

CAROLINA: ¿Nacieron el mismo día? Cosas del destino.

ROBERT: Quería que las invitaciones fueran únicas, así que Patti me ayudó. Fuimos a un local y compramos ochenta marcos plateados. Luego revisamos entre mi archivo y encontramos un montón de revistas pornográficas, bueno, de porno ligero. Hicimos collages y los metimos en sobres de piel sintética de vaca.

CAROLINA: Con semejante invitación, cómo no ir.

ROBERT: Cuando ya teníamos las invitaciones repartidas, el recorrido armado, todo lo que íbamos a hacer, nos negaron el uso de la galería. Nos dijeron que no podía exponer ahí, que no querían ningún problema con los vecinos, la alcaldía, o algo por el estilo, ya no lo recuerdo.

CAROLINA: ¿Y qué hiciste?

ROBERT: ¿Qué iba a hacer? Las invitaciones habían sido repartidas. Hicimos la exposición en el mismo hotel, pero en la suite cinco diez. Uno de mis amigos bajó al lobby e informaba a los que iban llegando dónde era la exposición. Diría que fueron unas doscientas personas, tal vez más.

CAROLINA: (*Con asombro*) Vaya.

ROBERT: Fue uno de mis mejores cumpleaños. Vendí varias piezas. Un coleccionista, llamado Charles Coles, programó una reunión para comprar varias. Fue algo intenso.

CAROLINA: Algo tuyo, creado por ti, expuesto ante tantas miradas.

ROBERT: (*La observa por un instante*) Exacto. Tú lo entiendes.

CAROLINA: ¿Y qué sucedió después?

ROBERT: Me enfurecí. Patti apareció en la exposición con su nuevo novio. Un tipo terrible, nefasto, que para colmo estaba casado y tenía un hijo.

CAROLINA: ¿Cómo se llamaba?

ROBERT: Como no pudo tener a mi Sam, se buscó otro con el mismo nombre. Un tipejo llamado Sam Shepard.

CAROLINA: (*Asombrada*) ¿Un hombre casado?

ROBERT: Nunca nos llevamos bien. Le dije muchas veces que él la dejaría a la primera oportunidad.

CAROLINA: Es muy raro que los hombres casados dejen a sus esposas por una amante.

Carolina y Robert se observan, luego centran su atención en el mar.

CAROLINA: ¿Has imaginado cómo sería otra exposición tuya?

ROBERT: Por supuesto que la he imaginado.

CAROLINA: (*Emocionada*) Dime, cuéntame. ¿Cómo la has visto?

ROBERT: Casi como un cementerio.

CAROLINA: (*Confundida*) ¿Qué? ¿Por qué? No comprendo. ¿Por qué quieres que sea así?

ROBERT: En el mundillo de las exposiciones es bastante común, casi una regla, que los asistentes no tienen el más mínimo interés en el objeto expuesto.

CAROLINA: Vaya.

ROBERT: Así que, para camuflar su desinterés, beben, comen, se ríen de chistes malos, buscan frenéticamente a alguien para llevarse a la cama y despertar con resaca al día siguiente.

CAROLINA: Parece algo divertido.

ROBERT: Por eso quiero que mi exposición sea como un cementerio. No sé si exactamente así, pero sí quiero un silencio sepulcral. Que todos estén concentrados, absortos, interesados en lo que están viendo, en lo que se expone. Que se olviden de la bebida, comida, lo absurdo y trivial.

CAROLINA: Quieres que te presten atención.

ROBERT: ¿A quién no le gusta llamar la atención?

CAROLINA: A mí, por ejemplo.

ROBERT: Querida Carolina, lamento informarte que tu mera existencia es motivo suficiente para captar la atención de todos los que te rodean.

CAROLINA: ¿Expondrás fotos como las que me mostraste?

ROBERT: Por supuesto, aunque algunas de esas son meras pruebas, todavía tengo mucho trabajo que hacer antes de llegar a exponerlas.

CAROLINA: Me encantaría leer los periódicos cuando eso suceda. Un escándalo.

ROBERT: Bien sabes que no le temo al escándalo. Soy un escándalo. Mi vida es un escándalo. Mi rutina, mis actividades, mis relaciones son escandalosas. Mi trabajo es solo una extensión de todo lo que soy.

La tormenta se disipa, los truenos cesan, las gotas de lluvia dejan de caer. Carolina y Robert observan como el sol vuelve a brillar con intensidad.

CAROLINA: La tormenta ha decidido no venir.

ROBERT: En cierto modo, eso me tranquiliza.

Robert observa el mar tranquilamente.

CAROLINA: Creo que no deberías dejar a Sam.

ROBERT: Tal vez sea cierto, pero en mi mente ya lo he dejado.

CAROLINA: Sé que todo tiene un fin. Tal vez soy yo, la esperanza perenne, esas ganas de que las cosas duren por y para siempre.

ROBERT: (*Con ironía*) Resultaría terriblemente aburrido.

CAROLINA: (*Se ríe*) Tal vez. Por muy aburrida que pueda resultar, no encuentro desagradable la eternidad.

ROBERT: Piensas eso porque somos fugaces.

CAROLINA: Podemos alcanzar la eternidad con nuestra obra, querido Robert.

ROBERT: (*Sonríe*) Eso sería maravilloso.

Carolina se levanta de su asiento, con una felicidad repentina.

CAROLINA: Descorcha la champaña. Tengo ganas de celebrar.

ROBERT: ¿Dejó de ser traicionera?

CAROLINA: Estamos entre amigos, no hagas que me arrepienta.

ROBERT: Está bien, está bien.

Robert remueve el corcho de la champaña. Se dispone a servir la champaña en las copas, Carolina lo detiene.

CAROLINA: ¡No! ¡Espera!

Robert se queda inmóvil con la botella en las manos. Carolina se la quita, derrama un poco de champaña en la arena y se la devuelve. Él no puede evitar reírse al ver lo que ella ha hecho. Sirve las copas.

CAROLINA: Sé lo que estás pensando, «ella y sus costumbres». Es para la abundancia.

ROBERT: ¿Esta de dónde viene?

CAROLINA: No lo sé. Lo hago porque me recuerda a Venezuela.

Robert le entrega una copa a Carolina y toma una para él.

ROBERT: Entonces, brindemos por tu país.

CAROLINA: Perfecto. Brindemos también por el tuyo.

ROBERT: ¿Crees que a alguien le escandalizaría que nos estemos divirtiendo tanto en esta playa?

CAROLINA: (*Ríe*) En lo absoluto. (*Se voltea hacia la isla y señala*) ¿Ves aquella casa de allá?

ROBERT: (*Volteándose*) ¿Aquella?

CAROLINA: Es la casa de Margareth. Perdón, la princesa Margareth, hermana de la reina Elizabeth Segunda.

ROBERT: Hasta la realeza tiene casas en esta isla.

CAROLINA: Por supuesto. Nadie estaba dispuesto a venir. Colin le ofreció como regalo de bodas un terreno a Margareth. Ella al inicio lo rechazó, no le interesaba en lo más mínimo. Pero, en unas vacaciones, Colin logró convencerla de que viniera y fue amor a primera vista. Margareth le preguntó a Colin si la oferta del terreno seguía en pie, y empezaron a construir el que se convertiría en su refugio. A la casa la llamó 'Les

Jolies Eaux'. Las Aguas Felices. Antes de venir, ella pensaba que todo esto estaba habitado por caníbales que iban a devorarla apenas la vieran.

ROBERT: Vaya.

CAROLINA: De hecho, la primera vez que vino, Margareth gritaba de dolor, los mosquitos se la comían viva. Además, como pasatiempo, se dedicó a perseguir ratones con una escoba.

ROBERT: (*Se ríe a carcajadas*) Santo Cielo.

CAROLINA: De devorar cenas lujosas en Londres vino para acá a comer pescado fresco y comida enlatada. Me contó que la isla no tenía agua potable y a ella le pareció una aventura sumamente romántica tener que bañarse con un balde de agua al aire libre.

ROBERT: No sabía que la gente rica tuviese pasatiempos tan extraños.

CAROLINA: En una de sus tantas vacaciones, vino con uno de sus jardineros, muy guapo y fornido. Él se dedicó a corretearla por toda esta playa. Alguien con una cámara logró captar el momento, entregó las fotos a la prensa inglesa, e inmediatamente estalló el escándalo. El esposo de Margareth le pidió el divorcio.

ROBERT: Después de todo, supongo que alguien sí devoró a la princesa en esta isla.

Carolina observa Robert y sonrío.

- ROBERT: ¿Y tú? ¿Has pensado en tener una casa aquí?
- CAROLINA: No se puede simplemente tener una casa aquí. Colin debe autorizar todo.
- ROBERT: Da lo mismo, podrías tenerla si quisieras.
- CAROLINA: Siento que vibro más en el concreto, mi alma resuena en una ciudad. Es por eso que me encanta Nueva York.
- ROBERT: Sé a lo que te refieres. No me cabe en la cabeza la posibilidad de radicarme en otro sitio. Ahí es donde encuentro mi vida, ahí es donde quiero morir.
- CAROLINA: Robert, por favor. Estamos celebrando la vida.
- ROBERT: Perdona, pero sé muy bien que los espíritus como el mío son una supernova. Ardemos con tanto empeño, con tanta fuerza, con tal intensidad, que es natural que nos extingamos tempranamente.
- CAROLINA: Entonces, bebamos, antes de extinguirnos.
Carolina finaliza y le entrega la copa a Robert. Él coloca ambas en la cesta.
- ROBERT: Feminae liber apertus esse non potest. Mysteriorum est essentielle in vita.
- CAROLINA: *(Con curiosidad)* ¿Qué significa?
- ROBERT: «Las mujeres no pueden ser un libro abierto. El misterio es esencial en la vida». Más o menos eso significa.
- CAROLINA: Hermoso.

- ROBERT: Deberíamos volver, se hace tarde.
Robert empieza a recoger todo. Carolina observa el mar por última vez, su sonido y el vaivén de las olas la hipnotiza.
- CAROLINA: Robert, ¿aún quieres fotografiarme?
El rostro de Robert se ilumina.
- ROBERT: Más que nada. ¿Estás segura?
- CAROLINA: No. No lo estoy. Pero, si el que seamos fugaces es algo irrefutable, los objetos en el suelo, el licor derramado, las risas, el sarcasmo, las anécdotas. Nuestros sueños y anhelos van y vienen como las olas del mar de esta isla, que no solo es de esta isla, es todo el mar que existe. Me preguntas si estoy segura. Lo único que sé es que alguna vez me prometí que iba a aprovechar cada momento, cada instante, por muy pequeño que fuese. Que dos almas choquen y resuenen en la misma frecuencia no es cosa cualquiera, Robert. Eso, en algunas culturas, es considerado algo muy cercano a la divinidad, prácticamente un milagro. No estoy segura porque fui educada para ser una persona privada, cerrada, hermética. Mi mayor disfrute es estar conmigo misma. Pero, qué tan privada puedo ser si Andy vislumbra lo que soy por dentro y lo plasma en una pintura, qué tan privada puedo ser si mi esposo sabe qué voy a responderle antes que logre

pronunciar palabra, qué tan privada soy si tú me reconoces como un espíritu afín. Tan afín, que me haces vislumbrar el futuro, lo que no ha ocurrido aún.

Conmovido, Robert observa a Carolina y la toma de la mano.

CAROLINA: Solo voy a pedirte una cosa.

ROBERT: A ver, ¿qué será?

CAROLINA: No uses esa Polaroid para fotografiarme.

Robert se ríe y niega con la cabeza.

ROBERT: Vamos. Aunque, debo advertirte algo.

CAROLINA: ¿Qué cosa?

ROBERT: Soy tan pobre que no tengo un asistente que me ayude con la iluminación.

CAROLINA: Yo también debo advertirte algo.

ROBERT: ¿Qué?

CAROLINA: Cuando tenga una oficina, tu retrato va a convivir con el de Andy.

ROBERT: Si se trata de una oficina tuya, me parece perfecto que ambos existamos en el mismo espacio.

Empieza a sonar «Wild Horses» de The Rolling Stones. Carolina y Robert se marchan hacia la isla. Mientras la música sube, las luces bajan lentamente.

FIN



Carolina Herrera en *Mustique* - Robert Mapplethorpe – Circa 1976

Mustique

Se imprimió en el mes de noviembre de 2022
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 1.000 ejemplares





«Ver la mirada de esa persona,
reconocer sus rasgos, saber sus intenciones».
«Una fotografía puede revelar el interior
de alguien sin que este lo sepa. A fin de cuentas,
es saber, y no hay nada de malo en saber».

LAS FORMAS DEL FUEGO

DRAMATURGIA

Robert Mapplethorpe es invitado a Mustique, refugio de ricos y famosos, como asignación para uno de sus primeros trabajos como fotógrafo. Ahí, en ese lugar, conoce a una misteriosa mujer que lo hipnotiza con su encanto y sofisticación: Carolina Herrera. Robert aún no había expuesto ninguno de los trabajos que lo elevaría al estatus de mito. Carolina no era diseñadora, ni siquiera había lanzado su primera colección. Lo que ambos conversaron y vivieron en esa isla hizo florecer una amistad que quedaría immortalizada en un retrato que él hizo de ella.

HENRY ZAPATA

(Ciudad Guayana, 1983). Estudió Comunicación Social en la Universidad Católica Andrés Bello. Ha recibido numerosos premios, entre ellos una mención especial en el Segundo Concurso de Dramaturgia del Trasncho Cultural y el galardón por dramaturgia destacada en el Microteatro Venezuela. El Segundo Certamen Literario (2022) de la FELGTBI+ ha publicado uno de sus trabajos, *PH*. Entre sus piezas más destacadas están: *Lautrec*, *Bloody Hell*, *Desde el Infierno*, *PH*, *La diva* y *El misil*.



IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA



Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

